

marco de referencia ético-filosófico de la obra. Estas omisiones bien merecían un estudio, pues indican que esta versión, aligerando el relato del elemento doctrinal y ejemplar, hace más énfasis en lo narrativo.

La edición de este manuscrito de *El Carnero* es de indudable valor e interés para los estudiosos de literatura colombiana, que encontrarán en él material para futuros trabajos y, sobre todo, facilita la tarea de emprender la edición crítica e integral, que tenga en cuenta los diversos textos con sus variantes, de esta obra temprana y original de la colonia neogranadina.

MARÍA TERESA CRISTINA



De la niebla a los muros

Escritos en los muros
Alonso Aristizábal
Colcultura. Bogotá, 1984

Alonso Aristizábal había publicado entre 1973 y 1976 dos libros de cuentos: *Sueño para empezar a vivir* y *Un pueblo de niebla*. Dos libros que fueron en realidad uno, como lo explicó alguna vez el autor. Y de aquellos cuentos, que giraban alrededor del tema de la violencia en Colombia, a éstos de su último libro, *Escritos en los muros*, Aristizábal ha desplazado su centro de gravedad de manera notoria.

En sus primeros cuentos, lo esencial eran las tensiones (no la intensidad) producidas por los jefes regionales en los pueblos y zonas rurales que más sufrieron la violencia. Entonces, manejaba el ser íntimo de personajes rudos o desgarrados (victoriosos y víctimas), y una neblina

con talante de pesadilla envolvía a todos sus integrantes. En 1976 escribí sobre ellos así: "Ni el viaje, ni el bosque, ni el duelo, ni el círculo, ni el génesis, jamás han sido estructuras espontáneas: obedecen a razones sociales anteriores al texto, al lenguaje. En este caso, la pesadilla no sólo es el marco de referencia social, sino, también, la clase de comunicación que determinó ese referente social. El autor ha sido inteligente para entender eso que a muchos había escapado al tratar esa neblinosa etapa de nuestra historia. Lo primero fue la pesadilla, diría yo, al hablar de la violencia. Así como nos la comunica Aristizábal en sus relatos, medida desde adentro y con la puerta trancada; presintiendo las tortuosas agonías, explorando las terribles presencias, sufriendo el desvanecimiento de la vida, y figurándose a la muerte como un tiempo que no pasa".

De aquella violencia, emitida a partir de lentos y dispersos monólogos, empañados, muchas veces, por la exagerada neblina, ahora nos transporta, en *Escritos en los muros*, a nuevos escenarios y atmósferas y, también, a tratamientos diferentes. Bastaría comparar la introducción de dos de sus mejores cuentos, en cada libro. Del primero, *La otra cruz de la esquina*: "Un golpe y vino la oscuridad como un derrumbe de niebla y apenas sé que estoy aquí ante usted perseguido por sombras que saltan y ruedan con el peso de los muertos de este pueblo". Del último, su primer cuento, *La ilusión del Dumbar Circus*: "El muchacho estaba sentado en el parque una tarde con los amigos cuando entró la voz por la esquina que siempre traía las noticias como mareas de viento".

De los interiores de los personajes, de la neblina del alma y de los pueblos (psíquica y física), de los largos monólogos, del terror esparcido por la violencia, pasamos a los personajes vistos a la luz del sol, colocados en su totalidad bajo el prisma de la tercera persona, con diálogos explícitos, sin exceptuar las notas de humor —así sea trágico. De pronto, un muchacho quiere conocer el Dumbar

Circus, y antes de entrar a él, lo sueña, y años después leerá que él ha sido la única persona salvada de su naufragio en las islas Azores; o un día es conquistado y sonsacado por la muchacha del servicio (dándonos el reverso del *San Antonio* de Carrasquilla); o desaparece del colegio para perderse en la leyenda de la subversión de su país; o ya convertido en un trabajador, no encuentra en una noche de cantina la mujer de sus anhelos; de pronto, son las muchachas, como Elsitita Aguirre, que en los pueblos desolados miran con alegría la llegada del agente viajero, o tejen encajes como sueños hasta cuando la vida misma ajusta cuentas insondables, como en *Ella también tejía sueños*.

Las tragedias sentimentales de los jóvenes, en los pueblos, tienen su pátina particular, que Aristizábal recupera con gran afecto. Lo mismo que esas pequeñas contiendas familiares, tantas veces ausentes de nuestra literatura. La violencia, pues, ha cedido el paso al muro de los conflictos juveniles, familiares, al buceo de los desencuentros de la vida de viejos que se ahogaban en sus propias redes.

Pero la nota más original de los cuentos de Aristizábal es esta: en medio de ellos navega el hilo secreto de las supersticiones. Algunos lo presentan de manera explícita, como *La flor de lilolá* y *Ella también tejía sueños*. No se trata de la superstición en un sentido burdo. Es que la vida depende de claves que no por reales dejan de ser míticas. Y en los pueblos, como en las ciudades jóvenes, esas claves camuflan las aspiraciones retardadas de sus gentes. No nos ponemos un vestido o prestamos un velo, para que los días no nos atropellen más allá de lo presentido. Y así se consigue burlar al destino, no importa que la venganza sea la monotonía.

Si un muchacho no consigue enrolarse en el circo, si las mujeres logran casarse (Aristizábal juega con la superstición al revés, y sorprende al lector; así como el destino se burlaba de los personajes, porque el agente viajero o el marinero jamás regresa-



Laguna de Saturno, 1961. Óleo sobre tela, 1.55 x 1.87 m.
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango



Sin título, 1968. Óleo sobre tela, 1.70 x 1.20 m.
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

ban, o porque el agüero se cumplía y ella no lograba casarse, en estos casos, la sorpresa llega porque este destino no se cumple), si el sinsonte o el canario se fugan, si el amor no resulta (*Olas de Nueva York, Recordándote en la noche, Cómo se muere en un espejo*), es porque algo extraño a las fuerzas de la razón se ha escapado. Un aire de superstición recorre los cuentos de distinta manera, y en el caso de los tres últimos citados, el autor capta en sus historias un sino conradiano de gran interés. En ellos aparecen seres incalculables, contabilistas de azares y penas, de cuyas manos, a plena vista, se escapan los propósitos amados y un abatimiento se pasea sin lástima por ellos.

Escritos en los muros, de Alonso Aristizábal, por último, va tras un objetivo de superación frente a su libro anterior: quiere contar cada una de sus historias con la claridad de una película en verano. Y con menos monólogos y especulaciones, sin los enmarañados recuerdos, con mayor economía en las secuencias, sin el ritmo de novela de antes, con la intensidad de nuevos ángulos narrativos, lo ha logrado.

ISAÍAS PEÑA GUTIÉRREZ

Encajonado una vez más

Bolívar y la revolución

Germán Arciniegas

Editorial Planeta. Bogotá, 1984

El nuevo libro de Germán Arciniegas tiene las virtudes y los defectos de sus anteriores trabajos históricos. Al abordar un tema tan trajinado como el de Bolívar, y a pesar de que no se base en una investigación documental que revele nuevos hechos o dé un buen fundamento a sus análisis, logra presentar una visión fresca e interesante. El autor hace gala de un estilo ágil, lleno de giros y argumentos sorpresivos y de comentarios ingeniosos. Desafortunadamente, la estructura del libro, lo que podría-

mos llamar su arquitectura fundamental, es algo descuidada. Las repeticiones son frecuentes y al final se tiene la impresión de haber leído una colección de artículos relacionados tenuemente, unidos entre sí por la recurrencia de ciertos temas e ideas, pero sin un estricto desarrollo lógico.

Parte de la novedad del libro reside en el intento de situar a Bolívar dentro de un contexto universal. En vez de concentrarse en minucias biográficas o en la figura o el pensamiento del mismo Bolívar, Arciniegas trata de ver su significación dentro de un contexto global, del que eran parte sustancial las revoluciones de los Estados Unidos, Francia y Haití, y en el que los avatares de la política inglesa resultaban decisivos. Además el autor dedica buena porción del texto a la revolución intelectual de la época, cuya manifestación local aparece en la obra de Mutis, la Expedición Botánica y a los reformadores educativos de finales del siglo XVIII.

Esta perspectiva globalizadora de Arciniegas, el esfuerzo por mirar a Bolívar inmerso en los procesos de la época y por ver la conexión entre las distintas revoluciones constituye la mayor virtud del libro y es un enfoque sin duda correcto. Sin embargo, el tratamiento concreto de estos aspectos está lleno de limitaciones, que no pueden analizarse acá con detalle, pero que sugieren cierto alejamiento de Arciniegas de los trabajos históricos más recientes y pertinentes. El estudio de las relaciones entre la Ilustración europea y las transformaciones de las formas de pensamiento neogranadinas de la segunda mitad del XVIII sigue la visión tradicional de influencias ante todo francesas, aunque es novedosa, si bien discutible, la importancia que se da al impacto de Newton por conducto de Mutis. Este tratamiento pasa completamente por alto el papel de la Ilustración española: Jovellanos o Campomanes, para aludir a los nombres más obvios, ni siquiera se mencionan.

Mucho más grave que lo anterior, aunque parezca una exigencia pe-

dante de erudición, es el manejo descuidado de datos e incidentes concretos. No se advierte un esfuerzo persistente por esclarecer hechos y situaciones, y se acogen versiones noveladas de algunos episodios. En otras ocasiones el relato se adorna con una narrativa que resulta dramática pero se apoya en información inexacta, o en el tratamiento aislado y fuera de contexto de algún suceso, o en la exageración retórica de algún caso. Para mostrar un solo ejemplo, puede tomarse el texto siguiente sobre Mutis, cuya importancia quiere magnificar Arciniegas: "La capilla de Nuestra Señora del Rosario en Bogotá es el teatro más antiguo de la Independencia Granadina. Fue escenario de un debate sobre las estrellas, primer principio de la duda sistemática entre los santafereños. Su consecuencia inmediata fue el derrumbamiento de todas las autoridades. El encuentro académico tuvo lugar en 1774. Mutis sostuvo, con Copérnico, que la tierra giraba alrededor del Sol. ¡Y lo demostró! Los de la religión de Santo Tomás defendieron la vieja doctrina contraria y quedaron o vencidos o convencidos o resignados. El tribunal del Santo Oficio, que promovió la disputa, se vio forzado a reconocer las razones de Mutis. (Los subrayados son míos). La discusión que sugiere este texto, el debate entre las dos posiciones, no tuvo lugar: Mutis presentó su lección, por iniciativa propia o de sus amigos, sin que la Inquisición tuviera nada que ver, y sin que nadie lo contradijera en ella. Posteriormente los dominicos invitaron a un nuevo acto académico en el que ofrecían probar que las tesis de Copérnico eran heréticas; esta nueva sesión nunca se realizó, por la oposición del virrey, que pasó el caso al Santo Oficio, a petición de Mutis. El Santo Oficio nunca se pronunció al respecto y el expediente se despachó a España, donde tampoco hubo decisión alguna. Las relaciones con la independencia o el derrumbamiento "inmediato" de las autoridades, aunque interesantes, simplemente se postulan con la vaguedad e imprecisión que muestra el texto citado.